Decido ser mujer

Nací oprimida, nací encadenada, nací siendo menos, pero que sabía yo de recién nacida que sólo por nacer mujer ya estaba en desventaja con el mundo.

El patriarcado, el machismo, el capitalismo; me convierten en una persona que "no tiene valor" y me obligan e imponen a ser como el sistema dicta.

Desde que nacemos -o antes- ya tenía impuesto como debía ser, como debía vestir, como debía comportarme, como debía vivir; sumisa, callada, recatada y muchas cosas más cuyo único objetivo es que acepte todas las violencias y agresiones sin inmutarme.

Nací en Honduras, un país donde ser mujer pareciera ser pecado, pareciera que mi vagina es un blanco donde disparan odio, acoso, golpes, burlas, discriminación y sin embargo soy y sigo siendo mujer.

En este país donde ser mujer es lo peor que pudo haberme pasado decidí (sin saber a mi corta edad) seguir siendo niña, pero no, no era la típica niña que mis padres desearían que hubiese sido, para decepción - ¿o no? - de ellos su hija les salió "chispoleta". Sí, su tercera hija no era como las dos primeras, era rebelde, odiaba que la peinaran, los vestidos no eran para ella, no se sentaba "bien", le gustaba el fútbol, los carritos y simplemente le gustaba ser libre.

Desde pequeña mostré (inconscientemente) que no estaba de acuerdo con el sistema, que las reglas y el estereotipo de mujer impuesto por una sociedad machista y patriarcal no eran para mí, ni lo son, ni lo serán.

A medida fui creciendo, me fui dando cuenta de lo difícil y duro que es estar en contra del sistema. Con adjetivos tales como "parece niño", "marimacha", "varonera" y otros que en este momento no recuerdo o no quiero recordar eran con lo que las personas a mi alrededor se burlaban e intentaban hacerme sentir menos.

Pero, a pesar de tanto acoso decidí seguir siendo mujer.

No fue hasta mis 14 años que me di cuenta de que no importa que mi uniforme fuera largo, que no importa que no estuviera en ese momento "arreglada" o como "mujercita"; lo único que necesitaba era ser mujer, estar sola para que un hombre decidiera que hacer con mi cuerpo.

Si, a los 14 años fui abusada y no, mi uniforme no era muy corto, no, no importaba el que estuviera sola en ese momento, no, no importaba que no fuera lo suficientemente fuerte ni tampoco importaba que me hubiese ido poco más tarde a mi casa, no por eso yo lo estaba buscando, no por eso fue mi culpa, y es que no, nunca es nuestra culpa.

A los 14 años también me di cuenta de cómo el machismo te revictimiza y te dice que sos vos la culpable, que el no recordar la cara de tu agresor suponga que es mentira, que el no saber si acabó o no dentro de mi define si es verdad o no mi historia.

Y es que así funciona esto, todo lo que salga de la boca de una mujer no es creíble hasta que haya pruebas que lo demuestren, sino, te toca esperar a que alguien te crea y haga algo.

Nadie me creyó. Nadie hizo nada.

Pero, a pesar de ser abusada y que nadie me creyera, decidí seguir siendo mujer.

A los 15 años me doy cuenta que el tener muchos amigos varones es malo. Un maestro de mi colegio empieza a comentar con alumnos y maestros de mi colegio que yo me iba detrás del colegio siempre con un amigo diferente a hacer, según él, “a saber qué cosas”.

Denuncio al maestro y lo único que hace el director es cuestionarme si en realidad hacía o no lo que el maestro decía, una vez más no me creen y el maestro se sale con las suyas y me quedo esperando mi disculpa.

Pero, a pesar de que hablaran mierda de mí por mis amistades, decidí seguir siendo mujer.

A los 16 años entro a la universidad, al fin, mi sueño hecho realidad, aquí todo es diferente, las personas son de mentalidad más abierta, las personas son más conscientes ¡Ja! Sorpresa la mía al darme cuenta de que no lo era.

Mi primer año en la universidad, viví con una familia re cristiana y conservadora (pensándolo bien el único re cristiano y conservador era el señor de la casa) en la que las mujeres “deben estar sujetas a su marido” en donde “el hombre es la cabeza del hogar y la mujer hace lo que él ordene”.

Recuerdo el malestar que me causaba vivir ahí, sintiéndome una mujer oprimida y con una impotencia al ver cómo este hombre trataba a las mujeres de su familia, como otras criadas más.

También en mi primer año de universidad un licenciado de la clase de Sociología -¿irónico no?- decide que por ser yo mujer, estudiante de primer ingreso y él, el licenciado de la clase (con poder), puede acosarme y decirme como vestir.

“Usted debería venirse en short porque se ve que tiene bonitas piernas” me dijo un día el muy imbécil. Otro día se acerca a mí y me pide permiso para desnudarse…

Asco es lo que me provoca recordar esos escenarios en los que me sentí ofendida, impotente y no se de que otra manera describir esas sensaciones.

Y así, acosada y vista como una sirvienta, decidí seguir siendo mujer.

2017 y caigo presa en un desalojo de la universidad, de los días más horribles de mi vida, pero en ese lugar también noté como trabaja el machismo y el miedo que le tiene a una mujer diferente.

Recuerdo estar en la celda para mujeres (quería estar en la de varones porque quería sentir el apoyo de mis compas), me acercaba a la reja y miraba de lado la celda de mis compas y ellos gritaban y cantaban consignas y hacían relajo, y yo animada por ellos empezaba a gritar a cantar consignas con las compas que me acompañaban en la celda y a nosotras, a las mujeres, los policías encargados nos callaban.

Nos mueven del core 7 y vamos al juzgado, otra vez nos quieren separar: hombres y mujeres. “¿y si yo no me considero mujer? ¿puedo quedarme es esta celda?” el guardia asustado no sabe que contestar, pero otro muy enojado le dice “solo te quiere joder, pasala a la otra celda”.

Y así, aislada y bien diferenciada entre hombre y mujer, decidí seguir siendo mujer.

Y ahora 20 años, a pesar de ser más valiente de lo que era antes, me sigue dando miedo caminar y que un hombre vaya detrás de mí, me sigue dando miedo salir en falda o short o vestido por que por lo visto salir así es razón suficiente para ser violada, me sigue dando miedo el caminar sola en la noche.

Y así con todos mis miedos, con tanto acoso, con tanto abuso, con tanto menosprecio, con tanto odio, decido seguir siendo MUJER.

Y es que el nacer mujer me ha hecho fuerte, el ser mujer me ha enseñado a luchar, el ser mujer me ha enseñado a no rendirme y a esforzarme más por lo que quiero hasta conseguirlo, el ser mujer me ha enseñado a amarme, a amar a otros, a perdonar, el ser mujer me enseñó la sororidad.

El nacer mujer, lo digo una vez más, me ha enseñado a luchar, y es que, desde este cuerpo, golpeado, herido pero que está más vivo que nunca, yo lucho.

Y es por todo esto que mi cuerpo es mi primer y mayor territorio de lucha.

Que después venga la universidad, que después venga las comunidades en lucha, que después venga el país, ya que, sin este cuerpo que es mi territorio de lucha, no puedo luchar por todos los demás territorios en los que me desenvuelvo.